

## **“Valió la pena el viaje de siete horas (visita al poeta chileno Nicanor Parra)”**

Alfonso Ruiz Fernández  
Comunicador social.  
Radio Primordial en Rancagua, Chile.

**Las Cruces** es un balneario tradicional que hoy pertenece a la comuna El Tabo. En la primera mitad del siglo pasado, junto a Cartagena, era uno de los centros vacacionales de la sociedad adinerada de Chile. Hoy es un lugar tranquilo, poco poblado en invierno, donde sus antiguas, grandes y señoriales casonas dan testimonio de una época de esplendor. En una de esas residencias vive el poeta Nicanor Parra.

La funcionaria municipal que me hizo el contacto me previno que por el carácter ermitaño del artista veía muy improbable un encuentro con él.

Ya en Las Cruces y mientras me conducía en su automóvil a la casa de Parra, me aclaró que recibe pocas visitas, la mayoría de empresarios o medios de comunicación importantes a quienes cobra una altísima tarifa por entrevista. Entonces entendí que mis posibilidades de lograr un encuentro eran bajísimas. Mejor dicho, nulas.

“**Esa** es la casa, y él está ahí, porque ese escarabajo estacionado es su auto”, me dijo la encargada de relaciones públicas municipal. Le pedí, entonces, que me sacara una foto justo en la puerta de acceso al antejardín. Cuando toqué el timbre se asomó una mujer que me preguntó el motivo de nuestra visita. “Vengo de Rancagua... y le traigo un obsequio” se me ocurrió contestarle. Cerró la puerta y antes de dos minutos apareció en el umbral un hombre delgado, bajo, de pelo canoso semi largo y muy despeinado. Parecía estar levantándose de la siesta. Vestía pantalones y camisa de un género que me pareció demasiado delgado para ese día más bien fresco.

**Antes** que él hablara, le dije en voz alta desde unos tres metros y tras la reja de entrada que “lo veo muy bien, don Nicanor, qué gusto de conocerlo, traigo un encargo para Ud... Un regalo de una poetisa latinoamericana, profesora universitaria en Estados Unidos”.



**Con** una sonrisa, este hombre de aspecto poco amable, erguido, lúcido y que no representaba en su físico sus noventa y dos años, nos invitó a ingresar a su casa. Nos guió a través de un largo corredor, desde cuyas paredes colgaban figuras que me parecieron un poco extrañas. Luego, en el living decorado con muebles rústicos, conversamos muy brevemente, por cuanto desde un principio, aunque sin descortesía, nos hizo ver que su tiempo para atendernos era breve. La entrevista duró no más de quince minutos, tiempo en el que básicamente habló de su paso por universidades de Estados Unidos y Gran Bretaña, donde obtuvo postgrados en el área ingenieril, intercalando palabras en inglés que me sonaron algo chistosas por el acento marcadamente latino.

**No** aceptó fotografías ni grabación de sus palabras. “Nunca permito que me graben”, me dijo. Después supe que tales condiciones no se cumplen en los casos de entrevistas pagadas. La verdad es que, sin embargo, fue un encuentro agradable con un hombre algo extraño pero interesante. Como la encargada municipal me había prevenido que no podría grabar ni tomar fotos, me proveí de una imagen suya recortada de una revista, la cual sí aceptó firmar.

**La** casa de Nicanor Parra está en la calle Abraham Lincoln 113, a diez cuadras de la Municipal de El Tabo, cuyo Alcalde – según me contó la encargada de relaciones públicas – jamás ha logrado una entrevista con el poeta, a pesar que se le ha solicitado en por lo menos tres oportunidades. Razones políticas, me dijo, porque “mi jefe es de derecha”. En la vivienda hay sólo dos moradores: el dueño de casa y una dama que atiende las labores propias de la casa.



En el centro de la foto se ve la parte posterior de la mansión de Nicanor Parra. Desde la mansarda con tres ventanas se observa la pequeña playa.



En un extremo de la playa y enmarcado en los roqueríos se encuentra el restaurante (con techo verde en la foto) donde el poeta frecuentemente acude a saborear una empanada y beber una copa de vino tinto.

**Durante** el retorno a mi ciudad recordé pasajes de aquel encuentro con ese hombre tres veces nominado al premio Nobel (“siete...”, me corrigió). Me impresionó su lucidez y su notable vista. Al entregarle el sobre que contenía el libro que le llevaba por encargo, le

ofrecí abrir el paquete, pero, amablemente se negó. Lo abrió el mismo y puso su vista sobre las primeras páginas. Leyó sin anteojos, sonrió y me aclaró que una vez que nos retirásemos él se abocaría a leerlo.

**Valió** la pena el viaje de siete horas a Las Cruces.